

## UNA TRAGEDIA AMERICANA. Y 2

Jacques Mossler, multimillonario tojano de sesenta y nueve años, fue asesinado en Miami, de treinta y nueve cuchilladas. Unos días más tarde, su mujer, Candace Mossler —"Candy", para los íntimos—, de cuarenta y seis años, y su sobrino, Melvin Lane Powers, de veinticuatro. Fueron arrestados. Testimonios abrumadores establecieron que "Mel" cometió el asesinato con la complicidad de "Candy". Los dos inculpados, puestos en libertad provisional bajo fianza de 50.000 dólares, confiaron su defensa a Percy Foreman, uno de los abogados más diabólicamente hábiles de los Estados Unidos, por el precio de 200.000 dólares. El público americano siguió fascinado este extraordinario caso a través del cual se revelaban todas las taras de una sociedad. Lapham ha escrito el relato del caso para la revista "Saturday Evening Post", cuyos derechos han sido adquiridos por "Triunfo" para España. Se trata de algo más que un reportaje sobre un hecho criminal: es un apasionante estudio sociológico.

# EL PROCESO DE MEL Y CANDY



Candace Mossler popularizó durante el proceso su familiar diminutivo de Candy. Aquí aparece, sonriente, con sus abogados, contemplando uno de los periódicos que se ocuparon minuciosamente de su caso. En la otra página, Percy Foreman, el defensor más caro de los Estados Unidos. Doscientos mil dólares —12 millones de pesetas— le cobró a Powers por salvarle la vida.

# FOREMAN CONTRAATAACA

Por  
**LEWIS H.  
LAPHAM**

**E**L proceso de Candy y Mel comenzó el 17 de enero, en Miami. Ese mismo día, la aviación norteamericana perdió una bomba de hidrógeno cerca de Palomares, pero la prensa local no concedió más que un lugar secundario a este hecho, tal era el apasionamiento del lector por el asunto del juicio. Quince días más tarde, la gente hacía todavía cola, desde las cinco de la madrugada, ante la puerta de la sala de audiencia, y se veía a algunos preguntar dónde se podían «comprar los billetes».

Todo lo que la acusación consiguió probar de manera convincente fue que existía una historia de amor entre Candy y su sobrino Mel. Era esta historia, especialmente, la que atrajo a la multitud.

No se ha podido establecer nunca con claridad cuándo y cómo se encontraron. Mel es hijo de una hermana pequeña de Candy. Nació en 1942 en Alabama. Fue expulsado del liceo y sirvió brevemente en aviación: en 1961 fue condenado por estafa —colectaba dinero para una fundación de caridad mítica— a noventa días de prisión. A finales de 1961 o a principios de 1962, se instala en casa de los Mossler. Poco después, plausiblemente bajo el consejo de su tía, ingresa en la clínica episcopal de Saint-Luke (Houston): en tres días se hace extraer las amígdalas, se opera las orejas, que tenía despegadas, y se hace limpiar la piel en profundidad.

Desde finales de la primavera de 1962, comienza a jactarse de tener una historia con su tía, que se las arregló para meterlo en uno de los negocios de su marido. Un año más tarde, Mossler tropieza con Mel a la puerta de su casa y, como se niega a irse, llama a la Policía para que lo echen. «Volveré —dijo Mel al irse—; lamentará esto hasta el día de su muerte». Entre tanto, Candy coloca a Mel en Webster (Tejas) al frente de un negocio de remolques.

A finales de octubre, Mel alquila un apartamento en Houston: explica al encargado que su novia está a punto de divorciarse y que, en espera de eso, quiere un apartamento discreto. Por la misma época, Mossler, que ha pasado algunos meses en Europa, abandona Houston para instalarse definitivamente en Miami.

El 23 de junio —siete días antes del crimen—, Candy se instala con Mossler en el apartamento que éste ha adquirido sobre Biscayne Bay. Mel está también en Miami. El 24 parte para Houston. Regresa **SIGUE**



el 30, al día siguiente del crimen, y es detenido el 3 de julio. Como se le advierte que tiene derecho a escoger un abogado, rehúsa diciendo «que se le proporcionará uno en el tiempo preciso y que éste será probablemente Percy Foreman».

Interrogado por la Policía, Mel Powers responde que no ha estado en Miami más que una vez en su vida, y, desde luego, que no ha sido ni el 29 ni el 30 de junio. En la noche del 29, dice, ha visto una película en Houston, pero no se acuerda de cuál ni en qué cine. El 4 de julio, uno de los policías que le interrogan, el sargento Charles Maddox, le presenta los testimonios de varias personas que le han visto en Miami el 29 y el 30 de junio.

—En ese momento —afirma el sargento Maddox— Powers dijo: «Bueno, esta vez ya está; es lo único que faltaba. ¿Qué quiere que haga? ¿Que implique a alguien más? Ya sé que mis huellas están en ese sucio coche y en el apartamento del señor Mossler. Ya sé que hay gente que me ha visto en el aeropuerto y en la casa. Me han cogido, pero yo no les diré más sobre nada ni sobre nadie mientras no se me lleve a Miami».

Como había previsto Mel, Candace Mossler tomó contacto con Percy Foreman en la noche del 3 de julio, algunas horas después de haber vuelto del entierro de su marido. Foreman advierte inmediatamente a la prensa y a la televisión. En plena noche llega a la prisión de Houston rodeado de fotógrafos y solicita ver a su cliente. Pero Mel está detenido en un puesto de «rangers» de las afueras de la ciudad: Foreman no puede verle hasta las cuatro y diez de la madrugada e insinúa también que Mel ha sido sometido al tercer grado. En la misma jornada, Candy envía a Foreman —como garantía de sus honorarios— seis broches y anillos de diamantes; después ingresa en una clínica de Houston en la que, el 8 de julio, en camión rosa, celebra una conferencia de prensa. «Esta historia se cae por su base —dice a los periodistas—. Si cayera una bomba atómica, Mel sería el primero en poner a salvo a Jacques y a los niños».

Durante los once meses que Mel permanece en prisión, Candy continúa recluida en la clínica Mayo, de Rochester, telefoneando a posibles testigos de descargo y haciendo llevar flores, dos domingos al mes, a la tumba de su marido. Por esa época, la encuesta ha convencido a las autoridades de que Candy es cómplice, y, en julio de 1965, es inculpada de asesinato en la misma medida que Mel.

El 10 de febrero de 1966, en la audiencia de la mañana, el primer testigo interrogado es un tal Arthur Grimsley, al que han traído de la

cárcel de Arkansas. Esquelético, nervioso, con el aspecto desconfiado de un estafador desdichado que va de desgracia en desgracia y que no llega nunca a dar la impresión de que dice la verdad.

Su testimonio se refiere a ciertas conversaciones que afirma haber tenido, en un coche, con Powers, los días 15, 16 y 17 de junio de 1962. De estos datos Grimsley está absolutamente seguro. Powers, dice él, le contó que vivía en Houston con una pariente con la que se había casado, y le preguntó si aceptaría suprimir a Mossley, cuyo nombre no pronunció nunca, refiriéndose a él como «el viejo chalado».

### «¿quién era ananías?»

Grimsley respondió que eso sería caro. Powers le propuso una cantidad equivalente al precio de dos coches descapotables de gran lujo. Grimsley aceptó. Poco después oyó a Powers telefonar a alguien a quien llamaba «mi cielo» o «mi pequeña» y decirle que el asunto estaba en el saco. Algunas semanas más tarde, Grimsley fue detenido y no pudo rellenar su «contrato». Cuando terminó su deposición, Arthur Hottoe —ayudante del fiscal—, con la intención, sin duda, de compensar el aspecto manifiestamente turbio del testigo, le plantea una cuestión que tendrá el efecto contrario del que se esperaba.

—¿Usted está actualmente detenido en la prisión del Estado de Arkansas?

—Sí.

—En la actualidad, ¿se ha convertido usted en pastor?

—¿Convertido en qué...? —gritó Foreman completamente estupefacto.

—Si quiere —replicó Hottoe—, explíquelo al jurado.

Grimsley contó entonces, en un tono de piadosa humildad, que en abril de 1964 «reconoció a Cristo como su salvador», que «en cien horas de trabajo» asimiló setenta «cursos de la Biblia» y que una escuela de teología por correspondencia le había otorgado un certificado autorizándole a predicar en público.

Erguido en toda su talla, cruzadas las manos sobre el vientre, Foreman contempló a Grimsley durante un par de minutos con aspecto apacible y luego atacó:

PREGUNTA.—¿Así que usted ha estudiado la Biblia?

RESPUESTA.—Sí, señor.

P.—¿Quién era Ananías?

R.—Señor, si usted quiere, le puedo echar un sermón.

P.—Hágalo sobre Ananías.

EL PRESIDENTE (al testigo).—Responda sencillamente a la pregunta. Nada de sermón.

P.—Diga al jurado quién era Ananías.

R.—Por el momento, soy incapaz.

P.—Ananías fue el más importante mentor de la antigüedad. ¿Esto le dice algo?

Después de lo cual, Foreman comienza a exponer el pasado criminal de Grimsley, que ha sido condenado cincuenta veces. En ese momento, ante la sorpresa general, Candy, tapándose la boca con una mano, sale

precipitadamente de la sala de audiencia, se deja caer sobre el suelo de la antecámara quejándose de violentas náuseas; la audiencia se levanta.

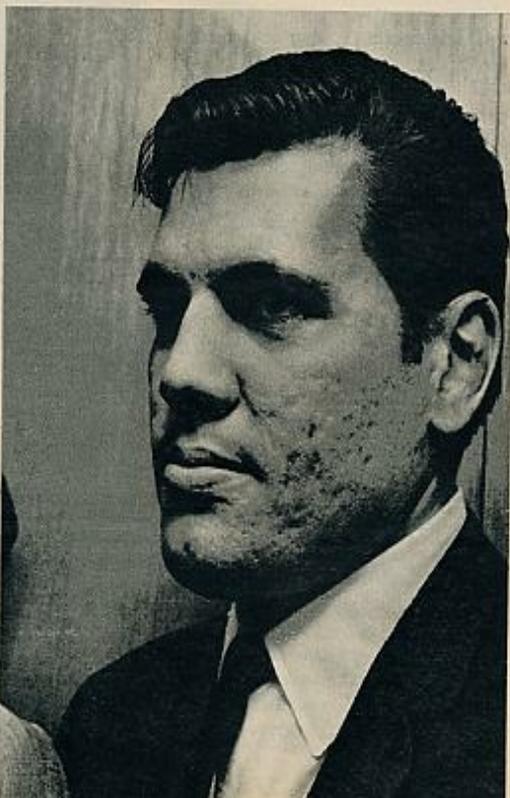
Al día siguiente, martes, Candy apareció con el cuello sujeto por un aparato de escayola para levantar el mentón y los ojos ocultos tras unas gruesas gafas. Fue para ella la peor jornada del proceso y permaneció constantemente postrada en su asiento, enfundada en su abrigo blanco, los ojos cerrados y las manos revoloteando alrededor de las sienes.

### una memoria «a la medida»

Foreman vuelve al asalto del testigo. Insinúa que Grimsley se ha convertido en pastor sólo para tratar de obtener una reducción de su condena y que ha pedido testimoniar para salir de prisión, aunque sea por unos días. Después, nuevamente, interroga a Grimsley sobre las fechas en las que dice haber encontrado a Powers. Grimsley responde con un aire de seguro desafío. Eso ha sucedido los días 15, 16 y 17 de junio de 1962, y si se acuerda bien es porque la vispera, el 14, fue a buscar a un sanatorio de Booneville a su suegro, tuberculoso, para llevarlo a su casa. Foreman repite una veintena de veces las mismas preguntas. Grimsley, firmemente, responde con una sonrisa de superioridad: el infeliz piensa tener «en el bot» al gran Percy Foreman.

El miércoles por la mañana, Candy llega al Tribunal sin su aparato al cuello y, visiblemente, en mejor

Candy Mossler y Mel Powers, la pareja protagonista del «caso del siglo». Parecen los personajes de un film negro, pero son bien reales, exponentes de las contradicciones más espectaculares de un país. Un proceso revelador, a escala sociológica.



estado. Saluda amablemente a la concurrencia y da un beso en la mejilla a un ujier: entre los cínicos reporteros —que han comprendido que el aspecto y la forma física de Candy reflejan la situación más o menos buena de la defensa— se murmura que la defensa va hacia la catástrofe.

Foreman da el golpe justamente antes de la suspensión de la audiencia de la mañana. Se levanta pausadamente, las manos llenas de papeles; después, con una voz en principio suave que se eleva progresivamente hasta llegar a ser tonante, representa la indignación del honesto ciudadano, víctima de una baja y deshonesta maniobra.

«Hoy —dijo—, en este mismo momento, el Estado de Florida tiene la prueba irrefutable de que Grimsley ha hecho un falso testimonio. Esta prueba —añadió blandiendo sus papeles— se encuentra en los registros de la clínica episcopal Saint-Luke, de Houston: está anotado que los días 15, 16 y 17 de junio, Mel Powers sufrió cuatro operaciones sin importancia. Por lo tanto, no podía encontrarse al mismo tiempo con Grimsley en Arkansas».

Foreman acusa al Estado de haber ocultado pruebas y de haber aceptado un falso testimonio. Habla de corrupción de testigo, de grave vicio de forma e interpela a la acusación para que lo reconozca o lo desmienta.

Cuando Foreman termina, un espeso silencio reina en la sala de audiencia: los periodistas, a pesar de estar habituados a las fanfarronadas de Foreman, se dicen que esta vez tiene alguna cosa verdaderamente de peso. Los espectadores mueven de un lado a otro la cabeza, cambiando guiños de ojos, y el juez Schultz interroga con la mirada al fiscal Gerstein.

Horriblemente molesto, Gerstein respondió, con el máximo de tranquilidad de que fue capaz, que sí, que Grimsley había cometido un error, que esa mañana había escrito desde su prisión para pedir que se modificara su testimonio, pero que ninguna prueba había sido ocultada y que nadie había mentado.

Por la tarde, desasosegado y con aire de excusa, Grimsley comparece de nuevo. Foreman le interroga con la voz calmada y paciente de un padre que trata de razonar con un hijo difícil. Grimsley explica que, después de haber testificado, ha reflexionado y que es posible que se haya equivocado acerca de las fechas: se excusa, pero es viejo todo eso, y se acuerda ahora que fue dos veces a buscar a su suegro al sanatorio de Booneville: una vez, el 17 de marzo de 1962; la segunda, en junio —la gente del sanatorio puede demostrarlo. Así, pues, debe ser en marzo cuando conoció a Mel Powers. Por la tarde del miércoles y todo el jue-



Percy Foreman abraza a Candy Mossler y a su cliente Mel Powers. El proceso ha sido ganado en un clima de enorme expectación.

ves, Foreman, implacable y sarcástico, se encarna con Grimsley, burlándose de su memoria «a la medida», preguntándole, por ejemplo, si el calendario no es el mismo en Arkansas y en Florida. Pretende, aún más, que Grimsley no ha rectificado espontáneamente su testimonio, sino que es el teniente Alois Spath, detective de Dade County, quien, habiéndose apercebido de que las fechas no coincidían, le refrescó la memoria. Aunque reconoce servilmente su error, Grimsley niega obstinadamente toda complicidad entre él y la oficina del «sheriff».

Por la mañana del lunes 21 de febrero, se interroga, sin convicción, a un último testigo que no tiene gran cosa que decir. Hundidos en sus sillones, el fiscal Gerstein y su adjunto, Huttoe, parecen inquietos y desanimados.

Foreman ha renunciado a citar a los testigos de descargo, lo que, según las leyes vigentes en Florida, le da el derecho de dirigirse el último al jurado. La defensa no presenta más que testigos de descargos para Candy Mossler, pero como Foreman tiene el derecho de interrogarles, viene a ser como si les hubiese citado él mismo. Estos testigos son, por otra parte, tan blandos y poco convincentes como los de la acusación. Así, pues, las oportunidades de la defensa dependen, ante todo, del poder de persuasión de Foreman.

### una parodia de humor negro

La defensa dura cuatro días y medio y consiste, esencialmente, en in-

terrogar nuevos testigos, cuyas deposiciones permitían desconsiderar y poner en apuros a los testigos de la acusación. Así, de las declaraciones de un subdirector de la administración penitenciaria de Texas, de dos detectives de la brigada de estupefacientes, de Virgil Nelson Halford —el mejor amigo que tuvo en la prisión— y de su suegro y su mujer, resulta que Billy Franck Mulvey se droga desde hace trece años y es un embustero notorio. Su mujer, Lois, declara que nunca le ha visto con una gran cantidad de dinero encima, mientras que Mulvey pretende que Candy le entregó 7.000 dólares en concepto de adelanto sobre los 25.000 que debía recibir por matar a Mossler. Con una voz suave, apenas audible y desesperada, Halford relata de una forma extremadamente confusa sus conversaciones con Mulvey, pero es preciso en un punto: Mulvey le ha dicho que no ha visto a Powers nunca, que ni siquiera sería capaz de reconocerle en la calle, pero que ha accedido a contar todo lo que la acusación le ha dicho que contase, dejándole entender que eso le valdría una reducción de su condena.

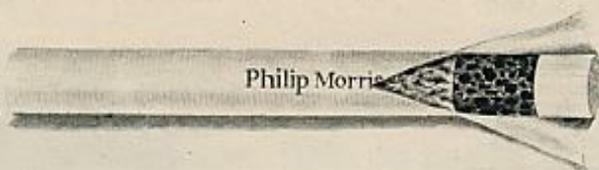
La defensa interroga a un último testigo el viernes 25. Es el teniente detective Alois Spath. En un principio trata de eludir las preguntas, pero termina por admitir que, después de haber constatado que Powers se encontraba en el hospital los días 15, 16 y 17 de junio de 1962, fue él mismo quien obligó a Grimsley a modificar su declaración. La defensa manifiesta que no tiene más preguntas que hacer.

La pelotera final comienza el martes 29. Clyde Woody, principal abogado de Candy, señala la fragilidad de las presunciones reunidas por la acusación y recuerda a los jurados que, en tanto que no sean condenados, los acusados son, según la ley, presuntos inocentes. Harvey Saint-Jean, uno de los abogados de Powers, concede que Powers y Candy han tenido una relación, pero que eso no tiene importancia y que no están allí para juzgar una historia de amor... Marian Rosen, otra abogado de Candy, toma «el punto de vista femenino». Con sus cabellos rubios, sujetos por una cinta de terciopelo, tiene el aspecto de «una matricula de honor» que pronuncia la alocución de despedida al finalizar el año escolar. Con voz aguda y gestos presuntuosos, pinta a Candy Mossler como la amante madre de seis hijos, como una joven abuela y como una infortunada viuda sin marido para protegerla.

Aunque la defensa de Marian Rosen tenga el aire de una parodia de humor negro, Candy Mossler la encuentra bella y emocionante y las dos mujeres se besan sonriendo débilmente a través de sus lágrimas. Los abogados de la acusación responden que quien proyecta matar a alguien no va a buscar, para encargarse del asesinato, niños de un coro, sino, al contrario, Mulveys o Grimsleys. Arthur Huttoe, en vez de vociferar ruidosamente, prefiere hablar en un tono de piadosa indignación: habla de incesto y recuerda que Candy Mossler no ha vertido ni una lágrima al descubrir el cadáver de su marido: «Ni un signo de remordimiento en estas gentes... Son **SIGUE**

Aquí está el nuevo y gran cigarrillo norteamericano cuyo nombre es garantía de buen sabor:

## Philip Morris Filter.



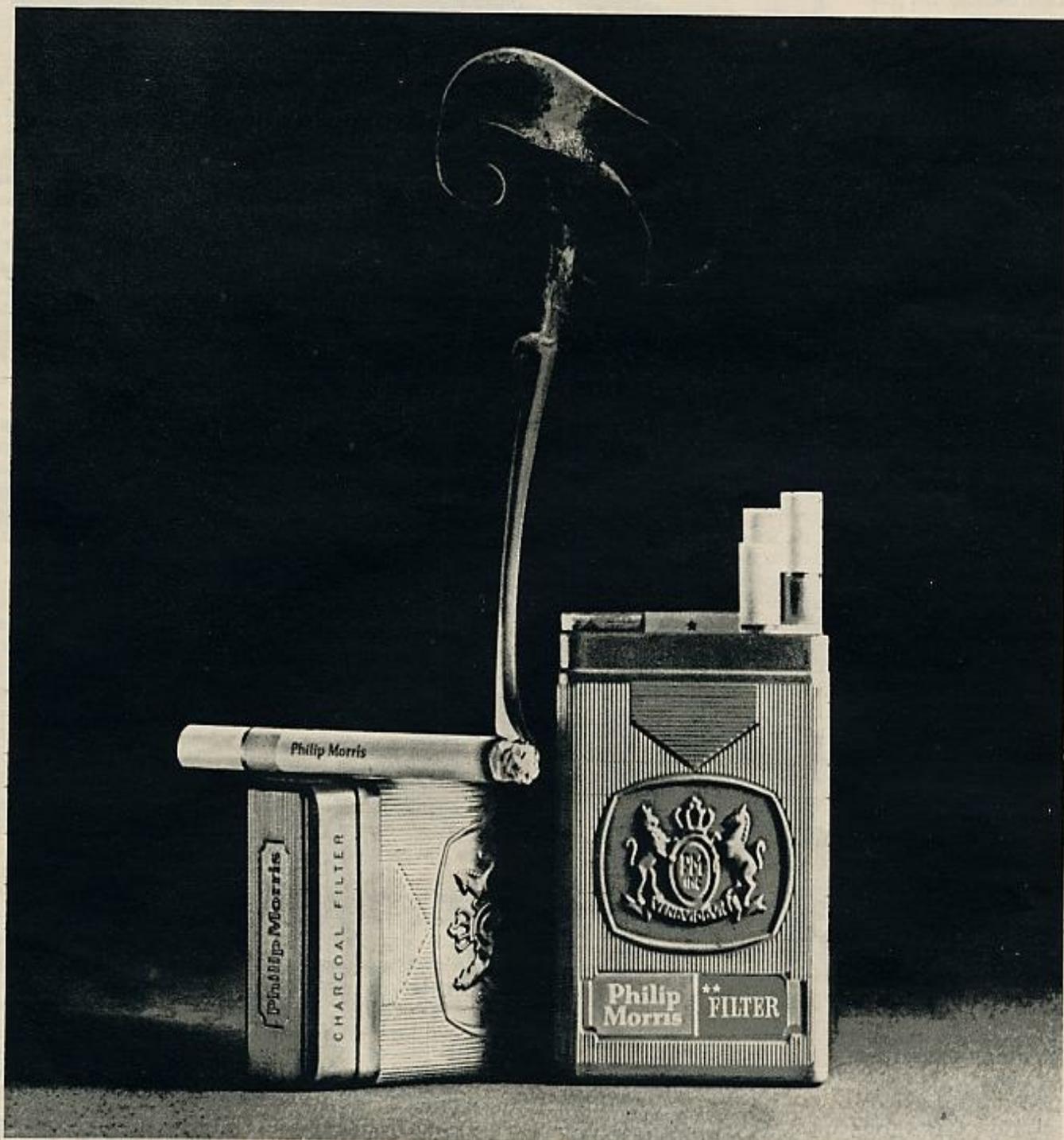
Una promesa de sabor.

El nuevo Philip Morris Filter le ofrece el rico y aromático sabor que solo tiene el buen tabaco norteamericano, y además un ingrediente muy especial: la calidad de Philip Morris.

Usted puede disfrutar su sabor natural a

través de un filtro con boquilla de gránulos de carbón. Un sabor que es siempre fresco. Porque está protegido por el más moderno tipo de paquete que se fabrica hoy: el lujoso Export Pack.

Encienda uno. El nuevo Philip Morris Filter le asegura ese sabor único.



LOS MEJORES CIGARRILLOS DE LOS ESTADOS UNIDOS TIENEN UNA CALIDAD UNICA: LA DE PHILIP MORRIS INTERNATIONAL

totalmente insensibles». Termina con voz cavernosa, un dedo acusador apuntando a Candy Mossler, declarando que, aunque no lo haya hecho ella misma, es más culpable que Powers, a quien ha inducido al camino del crimen. Jugando todo el rato con su collar de perlas, Candy le mira con una ironía discretamente divertida.

El 3 de marzo sólo quedaban por hablar todavía el fiscal Gerstein y Foreman. Antes de la audiencia, Gerstein recorre a grandes zancadas, nerviosamente, la sala de prensa y declara: «Si el jurado valora esa historia de Mossler pederasta, estamos perdidos».

Sin embargo, pronuncia una requisitoria de gran fuerza y bastante convincente. Sin grandes gestos, e incluso casi inmóvil, se dirige con un tono razonable a hombres razonables. Dice que la defensa ha empleado trucos muy vistos para distraer la atención del jurado de un crimen banal y vulgar, cuyos móviles, viejos como el mundo, son la cupidiscencia y la lubricidad. Señala que era ridículo presentar a Candy Mossler como una amante y honesta esposa cuando, horas después de la muerte de su marido, le ha acusado de ser un invertido. Admite la teoría de la acusación que supone que el crimen ha sido cometido por imbéciles, pero explica que siendo Powers, como era, evidentemente, un jactancioso inconsecuente, ha podido muy bien liarse con miserables incapaces como Mulvey y Grimsley. Habla, exactamente, una hora, y concluye sin pedir la pena de muerte.

Sigue una breve suspensión de audiencia, después de la cual Foreman toma la palabra. Su defensa es un número de prestidigitador, un enrollarse continuo. Todo cabe. Cita desordenadamente al Antiguo Testamento, Shakespeare, Wordsworth, H. G. Wells, Buda y Jesucristo.

Agarrado a la barandilla de los jurados, comienza con una voz asombrosamente suave, mirándoles alternativamente como si se dirigiese personalmente a cada uno de ellos. Durante diez minutos, cubre de cumplidos rebuscados a todo el personal del Tribunal: taquígrafos, ujieres, escribanos, e incluso a las mujeres de la limpieza. Se felicita que el azar haya designado como presidente de este proceso al juez Schultz, que conduce los debates tan imparcial y justamente. Después se inclina ligeramente ante Gerstein y sus ayudantes, alaba un momento su inteligencia y erudición, pero recobrando inmediatamente un tono de pérfida ironía: «La población de Dade Country tiene suerte de contar con un fiscal tan esforzado y animoso. Ningún otro fiscal del país habría tenido la audacia de encargarse de la acusación en un asunto en el que no hay, prác-

ticamente, ninguna prueba». Y durante el resto de su perorata no dejó de llamar a Gerstein el «gigante de los fiscales».

A medida que habla, llega a ser cada vez más mordaz, sin parar de ironizar sobre el oficio de los fiscales, cuya obligación es ver por todas partes el mal, y su trabajo condenar a la gente a la cárcel o a muerte.

El ve en el asunto un complot de convictos de la justicia, manejados por la oficina del «sheriff» de Dade County, y describe a los hombres del «sheriff» como facinerosos que, por concupiscencia y crueldad, escogían al azar entre sus conciudadanos los «culpables» de crímenes no resueltos. Según él, los testigos de la acusación han sido reclutados como actores y se les ha dado un texto para recitar. Peor aún, la selección ha sido hecha con un gusto deplorable y Foreman está convencido que los jurados no caerán tan bajo.

«Ustedes no van a hacer coro a la hez de la tierra para insultar a gentes honradas —grita—. Ustedes no van a mancharse con el montón de estiércol que se ha arrojado desde el estrado de los testigos».

Confortablemente instalado en su asiento, Powers, ese «muchacho inocente», escucha con una sonrisita satisfecha, seguro de que está siendo defendido por el abogado más caro de América. Con la boca entreabierta, apretando entre sus manos un «bouquet», Candace Mossler, esa «tierna mujercita», parece tener miedo. El público aprecia el espectáculo.

### «no culpables»

Por la tarde, Foreman continúa su número de ilusionista. «Se pretende hacerles perder de vista los hechos —grita a los jurados gesticulando ampliamente—. Basándose en simples presunciones se les quiere hacer que envíen a estas personas a la silla eléctrica. Esto es lo que se les pide, amigos míos. Quemarlos, encadenarlos, ayúdenos a matarlos: los periódicos esperan una condena».

Hace también un llamamiento al patriotismo de los jurados, guardianes del «american way of life», defensores de la Constitución y de la ideología del mundo libre, seguras fortalezas contra la opresión de los países totalitarios y sin Dios.

Un poco después de las cinco de la tarde, la audiencia se levanta y bastantes espectadores fatigados renuncian a escuchar la continuación.

—Yo esperaba oír una defensa, no un sermón —dijo un hombre con sombrero panamá.

—Doscientos mil dólares —dijo una mujer en alpargatas—. «Murder Incorporated» (1) le habría cobrado menos.

(1) El Sindicato del Crimen.



La opinión pública, pendiente del caso. Una asistente al juzgado, pegando la oreja a la puerta del juez Schultz.

Se hacen apuestas sobre el tiempo que tardará el jurado en decidir. Se piensa que será largo. Alguno dice: «Con los negros (2), no se sabe nunca. A veces pueden bloquear un jurado por las razones más absurdas».

La audiencia se reanuda. Foreman no dice nada nuevo y, hacia las seis, viendo que los jurados comienzan a mostrar signos de fatiga, salta bruscamente a su conclusión: es la historia de la mujer adúltera a la que Cristo ha perdonado: «Quien no haya pecado nunca, que tire la primera piedra»; «Vete y no peques más».

En la sala, un amigo de Percy Foreman da un codazo a su vecino: «La última vez que este viejo Percy actuó, se hizo con todo el mundo».

El jurado delibera durante cerca de tres días. En la ciudad, los corredores de apuestas tienen trabajo: se da a Candy por absuelta por diez contra uno y a Powers culpable por nueve contra cinco. Por la mañana del domingo 6 de marzo, los jurados anuncian que, por fin, han tomado su decisión. La sala de audiencia se llena de nuevo: sólo falta Foreman, que ha tenido una avería en el coche y no llega hasta después de haberse pronunciado el veredicto.

Powers, con un traje verde oliva, se pellizca los labios y se deja ametrallar a discreción por los fotógrafos sin pronunciar una sola palabra. Candy Mossler llega con cinco minutos de retraso: altos tacones, traje de chaqueta beige y abrigo blanco. Después de haber advertido que no toleraría ninguna manifestación, el juez Schultz dijo al ujier que hiciera entrar a los jurados. Un silencio de plomo cae sobre la sala. Ostensiblemente, la señora Mossler enjuga una lágrima, pero, como lleva gafas negras, no se puede asegurar que lllore verdaderamente. Sus cabellos, descoloridos, están más alborotados que de costumbre; se encoge y evita mirar a Powers, que, el rostro impasible, traiciona su ansiedad crispando los dedos sobre el brazo del sillón.

(2) Había tres en el jurado.

## FOREMAN CONTRAATACA

Los jurados ocupan sus puestos. El presidente entrega entonces dos hojas de papel al escribano, que, a su vez, las transmite al juez. Este las lee, al parecer sorprendido, y las devuelve al escribano. Este anuncia entonces el veredicto para Powers: «No culpable». Powers se hunde un poco hacia adelante con una expresión alelada de incredulidad, y murmura simplemente: «Magnífico». En la sala, las mujeres lanzan gritos ahogados. Candy Mossler estalla en sollozos y continúa llorando ruidosamente al oír al escribano anunciar que ella es también «no culpable». Su rimmel se desliza por las mejillas y uno de sus abogados debe ayudarla a levantarse. Powers, con un gesto torpe, da las gracias a los jurados, que sonríen como padrazos. En el «hall» del Palacio de Justicia, donde se ha cantado el veredicto, se escuchan «hurras» y ovaciones. Tres minutos más tarde, en la confusión que se produce, han desaparecido el juez y los jurados. Los ujieres continúan a la multitud que trata de invadir la sala para acercarse a Candy, que, muy Lana Turner, llora sin cesar, repitiendo indefinidamente: «Oh, gracias, hijos míos... era una pesadilla tan horrible... gracias, queridos, gracias...».

### una recepción no muy alegre

Los abogados la conducen a la antecámara, que rebosa de periodistas y fotógrafos; allí abraza a Powers. Reporteros de la radio y de la televisión le ponen micrófonos bajo la nariz. Hipando entre lágrimas, Candy habla de sus hijos y de su confianza en el pueblo americano. La Policía consigue, por fin, despejar la reunión.

Ante el Palacio de Justicia esperan doscientas personas. Candy sale con sus hijos, Norman y Rita. Powers, sonriente, camina detrás de ella. La multitud les escolta hasta su coche. Candy firma autógrafos, besa a algunas personas y, cuando el coche arranca, envía besos en derredor.

El mismo día, a primeras horas de la tarde, en un salón del hotel Dupont Plaza, Candy Mossler celebra una conferencia de prensa. Rodeada de sus tres abogados, de Powers, de todos sus hijos y de su pequeño de once meses, posa para los fotógrafos y responde a los periodistas. A las cuatro de la tarde, todo el mundo se encamina al otro extremo de la ciudad, donde Foreman ha organizado una recepción. Las bebidas corren a raudales, no se cabe en el lugar, pero el ambiente no es muy alegre: demasiada gente estima que el veredicto no es justo. SIGUE

¿está Ud. decidido  
A COMPRAR UN  
TELEVISOR?

comprará

*Iberia*



superior al mejor !

HE AQUI EL POR QUE:

- \* MAS SENSIBILIDAD - IMAGEN PERFECTA - AUTOMATISMO TOTAL
- \* SONIDO HI-FI \* CHASIS FRIO \* MAS LUJOSO
- \* NUEVO SELECTOR DE CANALES-SINTONIA FINA CON "MEMORIA"

SEPCO

Super  
nova 67

*Iberia*  
RADIO TV



¡Yo, feliz con IBERIA!

...USTED TAMBIEN LO SERA

## FOREMAN CONTRATACA

Foreman, triunfante, con una rosa amarilla en la solapa, recibe amablemente, en gran señor. Hay en la sala ujieres, policías y, por supuesto, están Powers, Candy y toda su familia. Posan nuevamente para los fotógrafos. Foreman se las arregla continuamente para que Powers no diga nada a los periodistas, pero Candy, muy en su papel, responde a las preguntas más absurdas sobre cualquier cuestión. Sí, en su casa de Houston tiene varios Renoir y Gainsborough, pero no sabe cuáles; eso sí, sabe que son grandes obras maestras; de todas las ciudades del mundo, su preferida es Atenas, donde se encuentran a la vez las maravillas de la antigüedad y los encantos del confort moderno. Sí, adora a los niños, y ha observado que, cuando va de viaje, los niños la siguen por la calle. Su perfume preferido es «Shalimar»; sus colores preferidos, el rosa y el azul pólvora. Pero, sobre todo, le gusta la música y la danza. Por otra parte, en su juventud, escribió la letra y la música de una canción titulada «Amame»...

Durante la semana siguiente, después de hacer algunas apariciones en las «boites» de Miami, Candy y Powers volvieron a Houston. Se recogieron informes contradictorios sobre lo que fue de ellos en la primavera y al principio del verano.

Clyde Woody declara que Candy se había convertido en mujer de negocios y pensaba comprar un Banco en Beverly Hills. Continuaba viviendo en la casa de Mossler. Multitudes de niños —amigos de sus hijos adoptivos— iban a bañarse en su piscina. Se portaba bien, estaba en plena forma y veía muy raramente a Powers.

Foreman daba noticias diferentes. Había oído decir que Candy y Mel Powers habían ido a Nueva York y a Hollywood con nombres falsos y se les había visto partirse de risa en los rincones discretos de los restaurantes de moda.

Al principio de julio, en viaje de negocios a Miami, Candy Mossler concede una breve entrevista a un periodista local. Había engordado cinco kilos y parecía estar en mejor forma que en la época del proceso. Viajaba con su hijo más pequeño, Eddie, a quien pensaba enviar en el otoño a un colegio suizo. No, ella no veía casi nunca a Powers. Habló extensamente de sus negocios de Banca. Y dijo también que había escrito una nueva canción, titulada: «El amor lo cura todo».

FIN

*Oiga*

**ESOU** ESTA HECHO

*¡Coul* **VET ERANO** *me quedo!*